

debe asumir la tarea de planear y ejecutar la campaña de ataque. Un programa de índole tan trascendental —dirá el autor— no puede estar a cargo de los gobiernos estatales, cuya política, por lo general, dirigida por los conservadores rurales, es antagónica a las necesidades de la Norteamérica invisible.

Como los índices que prevalecen para definir la miseria obedecen a puntos de vista bastantes heterogéneos, el investigador incluye un apéndice con los criterios que ha tenido presente para su propia concepción del fenómeno. En ellos han desempeñado un importante papel las estadísticas proporcionadas por organismos centrales como el Departamento de Comercio, la Oficina de Estadísticas Laborales, la Federación Norteamericana del Trabajo y el Congreso de Organizaciones Industriales.

Basta agregar que desde la perspectiva formal la obra está escrita con la soltura y agilidad de los ensayos de difusión; su estructura es más periodística que académica. Por momentos se exagera el empleo del lenguaje destinado a provocar el impacto emocional. Aunque esto, más que un defecto, puede ser un efectivo recurso manejado deliberadamente para sensibilizar sobre un problema que constituye “un ultraje a la conciencia”.

EDUARDO CASTRO S

ARTURO PIGA DACCHENNA. NUEVO HUMANISMO Y TECNOCRACIA. Ediciones y Publicaciones Españolas, S. A. Madrid, 1963.

La personalidad de Arturo Piga Dacchenna es de sobra conocida en nuestro medio. Su probada competencia psicológica como pedagógica le autorizan su incursión en temas de un auténtico contenido humanista, como es el caso de la obra que en este momento nos entrega. En ella el norte de su pensamiento está constituido por una clara y definida concepción de lo humano y a partir de la cual sería posible ir a la superación definitiva de antítesis tan significativas y dramáticas como aquellas que hoy día se reparten el globo. Es probable que en algunos momentos no compartamos las ideas del autor, ya sea por considerar insuficientemente desarrolladas las proyecciones de una concepción, o por estimar que se hace un mal uso de las citas que se manejan, pero aun esto no significa restarle mérito a la obra puesto que ella se encuentra preñada de profundas intuiciones y sugerencias que deben ‘golpear’ e invitar a la reflexión sería tanto al pedagogo, como al científico y legislador. Para el iberoamericano constituye, además, un llamado para ir a la solución de los problemas educativos y económico-sociales a partir de auténticos recursos y posibilidades y no cimentados sobre un régimen tecnocrático internacional que pesa de un modo, hasta ahora inevitable, en el estilo de vida de nuestros países insuficientemente desarrollados.

En la primera parte de la obra, que el autor titula *El Hombre frente a la Tecnocracia*, nos muestra cómo a partir del descubrimiento de la naturaleza por el hombre, pasando éste de pasivo adorador a orgulloso crea-

dor, surge un proceso avasallador que termina por envolver al hombre en una férrea estructura mecanicista, burocrática y estatal que amenaza con la pérdida de su esencia. El tecnicismo contemporáneo, en cierto modo inobjetable, unido a la especialización que implica, ha terminado por transformar los aspectos más importantes de la sociedad actual, penetrando aun en sectores que a primera vista pudieran parecerle vedados como son el de la educación centralizada y orientada por organizaciones internacionales y la medicina burocrática que termina por reducir al paciente a una entidad numérica. Una civilización orientada por la técnica termina fatalmente —nos dice el autor— por subordinar todas las fuerzas sociales, artísticas y ético-religiosas a la 'producción y el consumo', ámbito en el que los valores utilitarios conducen a una burocratización formalista en la que el hombre como ser autónomo se diluye en la multitud; despersonalización que inevitablemente conduce al tedio y vaciedad interior. Su voz ya no es escuchada, el ruido metálico ensordecedor lo ha encadenado a la aceptación incondicional y sin escrúpulo de un destino universal que sigue cual autómeta.

La posición del autor no es fatalista; tal adjetivo lo reserva para el marxismo. Al mostrarnos al hombre contemporáneo renegando de Dios y divinizándose a sí mismo, con el consiguiente incremento de la delincuencia y el vicio, lo hace para colocar de manifiesto el peligro que significa a la civilización el seguir en la evangelización descontrolada de la ciencia; es necesario advertir que nos encontramos cerca del punto límite tras el cual se hace sentir una segunda y más radical 'crucifixión' con una nueva escala axiológica, en la que ahora no se intente encuadrar la moral personal dentro de esquemas de dimensión 'social', perdiéndose en consecuencia toda satisfacción efectiva de una vida plena, vida que sólo es posible alcanzar con la adquisición de una cultura armónica de orientación universal y de espíritu indiviso.

En la segunda parte el autor nos ofrece una posible perspectiva de integración cultural o nuevo humanismo a partir de la raíz histórica misma del proceso hombre-tecnocracia; para ello se orienta en consideraciones socioeconómicas, ético-filosóficas como asimismo político-religiosas. Nuestra intención en esta parte, no es la de seguir al autor en su desarrollo puesto que un tal intento no tan sólo requiere un completo conocimiento del panorama filosófico-cultural, incluyendo en él concepciones tan densas y controvertibles como son las de Hegel y Marx, sino que al mismo tiempo el estar en posesión de un profundo espíritu crítico que reservamos al lector atento. Por ahora solamente diremos que, una vez caracterizado el 'estilo de nuestro tiempo' por la subestimación que en él se hace de la vida interior con el consiguiente olvido de la búsqueda del perfeccionamiento ético, su intención está en colocarse por encima de la dramática antítesis marxismo-capitalismo a que ha conducido nuestro proceso histórico-cultural, e ir a rescatar aquella intimidad subjetiva ahogada por el

marxismo, doctrina que encontraría su mejor caldo de cultivo en la gran masa asalariada, al ser presentada en un sentido mesiánico y salvacionista. Es idea generalizada ver en el marxismo —nos dirá el autor— una teoría revolucionaria y original pero tal originalidad, ya sea del punto de vista económico-político como ético-filosófico, no estaría en lo revolucionario de su teoría sino en la interpretación y uso que hace de la misma. Sus conceptos fundamentales serían recogidos de tres tendencias básicas del siglo XIX, representadas por la filosofía alemana, especialmente como concepción histórico-dialéctica; las teorías económicas inglesas y el movimiento socialista francés.

Es indudable que el asalariado ha logrado en los últimos años notables conquistas, pero aún nos encontramos muy lejos de poseer la fórmula que permita una justa distribución y usufructo de la riqueza. En el comunismo no encontramos dicha fórmula, como espera Marx, pues el comunismo totalitario traicionaría dicha doctrina al no aplicarla en beneficio expreso de la liberación moral del hombre en su condición proletaria. Por otra parte, el capitalismo ha canalizado sus recursos en su afán de satisfacer expectativas de grandeza y expansión territorial.

Hoy constituye, no obstante lo anterior, un sinsentido establecer la antítesis democracia-dictadura puesto que ya la primera es una dictadura económica. "La palabra democracia es tal vez la más prostituida en todos los idiomas". Un régimen tecnocrático y la dictadura (léase dictadura de la técnica y régimen marxista-leninista, respectivamente) poseen en común el predominio de lo económico, subordinando a la producción y consumo toda instancia valórica, ya sea de carácter institucional o ideológica. Para el autor, no correría igual suerte un sistema de socialismo democrático de inspiración ético-cristiana, puesto que a partir de una tal síntesis se podría configurar una estructura jurídico-política *sui generis* de atención racional de las clases necesitadas, al margen de todo régimen de libre competencia o de amplios monopolios que a la larga se le hacen al Estado incontrolables. Un tal sistema, fundado en una ontología trascendente, no sólo perseguiría un conocimiento del hombre desde el punto de vista natural, sino que al mismo tiempo, y con un énfasis mayor, iría hacia un humanismo de defensa y dignificación, superando el historicismo de Hegel-Marx, al proporcionar los medios necesarios para la creación de un régimen de responsabilidad personal, ya que los valores humanos se acrecientan para alcanzar ideales que lo sobrepasan, en ningún caso para anularlo, sino que muy por el contrario para intensificar en cada sujeto las posibilidades infinitas de su existencia libre.

EDUARDO NÚÑEZ CRISOSTO